

3. ¿Como entender la doctrina de la *apokatástasis* en S. Gregorio de Nisa? Es cierto que el gran capadocio dibuja un grandioso movimiento de las criaturas humanas hacia la unidad escatológica (que podríamos denominar la unidad plena de la «naturaleza humana», tal como la concibe el niseno). A la vez, es igualmente cierto que S. Gregorio admite la posibilidad real de la condenación eterna. ¿Será posible —sugiere entonces Maspero— que S. Gregorio pensara que los réprobos, que renuncian a conformarse con Cristo, verdadero paradigma de hombre, *dejan de hecho de ser «hombres» en el sentido profundo de la palabra* (hombre = imagen de Dios, imagen de Cristo)? De este modo, al final de la historia, «todos» los «hombres» (en el sentido que acabamos de enunciar) formarían una unidad completa con Cristo. Ciertamente, tal interpretación representa una toma de postura a favor de la coherencia de la construcción teológica del niseno. Si S. Gregorio pensó así exactamente o si dejó sin resolver algunas tensiones internas en su sistema (como sucedió en el caso de Orígenes, que tanto influyó en S. Gregorio), es cuestión en que hay que seguir profundizando. El mérito indudable del Prof. Maspero es haber planteado cuestiones desde una óptica nueva, demostrando de esta forma que el pensamiento del niseno sigue mereciendo una cuidadosa atención por parte de los estudiosos.

J. José ALVIAR

Lucas F. MATEO-SECO, *Teología trinitaria. Dios Padre*, Rialp, Madrid 2003, 168 pp., 13 x 20, ISBN 84-321-3464-3.

—, *Teología trinitaria. Dios Espíritu Santo*, Rialp, Madrid 2005, 292 pp., 13 x 20, ISBN 84-321-3527-5.

Una teología que no sea trinitaria no es cabalmente una teología cristiana. Esta convicción late debajo de gran parte de la producción teológica actual, donde ya es habitual hablar, p. ej., de la «estructura trinitaria» de la economía salvífica, o de la «dimensión pneumatológica» de la escatología, o de la función del Verbo y del Espíritu en el acto creador. El uso metódico de este «principio trinitario» a la hora de reflexionar sobre la vida interior de Dios y las obras divinas *ad extra*, permite superar las limitaciones de cierta construcción teológica de antaño, que privilegiaba la idea de la unidad divina a costa del misterio tri-personal.

Con tal proceder, la moderna teología se hace más hondamente cristiana: contemplación del Padre revelado por el Hijo en el Espíritu. Sobrepasa el horizonte veterotestamentario, a la vez que soslaya el peligro de un «cris-
tomo-

nismo» reductor de los misterios de la fe a la relación con la Segunda Persona sin conexión con el Padre y el Espíritu Santo. En definitiva: la mayor atención prestada a la realidad de tres Personas en Dios hace que el Espíritu Santo deje de ser el Divino Desconocido, como decía el Obispo de Dijón (o el Gran Desconocido, como decía S. Josemaría Escrivá), y que Dios Padre deje de ser el Gran Olvidado de la teología.

Los dos libros del Prof. Lucas Mateo-Seco que ahora comentamos son un buen botón de muestra de estos progresos en la teología. Tratan, por separado, del misterio personal del Padre y del misterio del Espíritu Santo. El autor es conocido, entre otras cosas, por sus obras sobre Dios Uno y Trino (Eunsa, Pamplona, 2ª ed. 2005) y sobre Jesucristo (Eunsa, Pamplona, 3ª ed. 2004). Esta vez, el Prof. Mateo-Seco ha elaborado dos obras más breves y sencillas, pensadas para quienes desean profundizar en la personalidad del Padre y del Espíritu Santo.

* * *

El libro sobre Dios Padre consta de tres partes. La primera contiene un resumen de la doctrina bíblica acerca de la persona del Padre. Como explica el autor, en el Antiguo Testamento no hay una revelación directa de la tripersonalidad de Dios; sí, en cambio, de Dios como ser personal y de sus sentimientos paternales para con los hombres. Sobre este terreno sembrará Jesús su sorprendente revelación, identificándose a sí mismo como «Hijo del Dios vivo» (cfr. Mt 16, 16), como alguien que se dirige en términos de familiaridad («Ab-bá») al Dios adorado en el Antiguo Testamento, como alguien que goza de una relación filial con ese Dios. La novedad que entraña esta revelación —apunta el autor— estriba en que la unicidad de la naturaleza divina no implica la unicidad de persona.

La segunda parte del libro es una síntesis de la reflexión sistemática elaborada por los cristianos en los primeros siglos, sobre el lugar «monárquico» del Padre en el misterio trinitario. Se detallan las características singulares de la primera Persona, como ser *aggenetos*, principio sin principio; o ser engendrador del Hijo y espirador del Espíritu; y se repasa la compatibilización patristica del *ordo originis* o «monarquía» con la igualdad en la dignidad de las tres Personas. Asevera el autor que es preciso tomar en serio las expresiones empleadas por la revelación bíblica (Padre-Hijo, engendrar-nacer) para entender que el Hijo procede del Padre «mediante una auténtica generación. El Padre engendra realmente al Hijo en un acto vital análogo a la generación humana. Hablando con exactitud, habría que decir esto al revés: no es que la generación en Dios sea

análoga a la generación humana, sino que la generación humana es un pálido reflejo... de la perfección que encuentra la generación en Dios» (p. 72).

Es cierto que a lo largo de la historia ha habido intentos de equiparar la «procesión» con inferioridad ontológica o criaturalidad. De nuevo, estamos ante la tendencia a la simplificación, siguiendo paradigmas humanos. Frente a ella ha habido —y lo resume el autor— una defensa por parte de los Padres y de los pastores de la Iglesia, tanto del «orden intratrinitario» como de la igualdad de las Personas. No sólo son compatibles estos dos aspectos, sino que están mutuamente imbricados: se exigen mutuamente, porque en cada procedencia impera la ley de absoluta generosidad: el Padre entrega *todo* (= su *ousía*) a su Hijo, y —a través del Hijo— al Espíritu Santo.

La tercera parte presenta la economía salvífica como proyecto amoroso del Padre: trata del origen del mundo, a partir de la decisión paterna; de la encarnación del Hijo, enviado por el Padre; de la santificación de los hombres, que equivale a su elevación al status de hijos adoptivos. El autor matiza aquí la tesis de que Dios, cuando actúa *ad extra*, lo hace como *unum principium*: ciertamente, dice el Prof. Mateo-Seco, las tres Personas siempre actúan al unísono, pero también debe decirse que cada acción *ad extra* es una acción «personal», en el sentido de que parte de Dios Padre y se realiza por el Hijo en el Espíritu Santo. La fórmula «ex» (Patre)-«per» (Filium)-«in» (Spiritu Sancto), es particularmente apta para expresar los aspectos unitarios y trinitarios de las acciones *ad extra*. De hecho, la entera *historia salutis* debe entenderse como iniciativa del Padre, que se realiza con la doble agencia del Hijo y del Espíritu.

En el fondo de esta moderna presentación de la teología trinitaria que hace el Prof. Mateo-Seco late una concepción de «persona». El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no son pensados como realidades aisladas en sí mismas y autónomas, sino más bien totalmente referidas las unas a las otras: relacionales. En el Espíritu, el Padre entrega todo al Hijo, y el Hijo se ofrenda completamente al Padre. En tal referencialidad y entrega total, ¿no encontramos el *analogatum princeps* o paradigma de «persona»? Tales notas podrían ser un buen correctivo al cuadro de independiente egoísmo que propugnan algunas modernas antropologías.

* * *

Con la pneumatología el autor completa un amplio conjunto de libros dedicados a la profundización teológica en el misterio del Dios cristiano. Con el bagaje de numerosas investigaciones y publicaciones sobre temas de patrología —entre los que destacan sus estudios sobre S. Gregorio de Nisa—, de his-

toria de la teología, de teología y espiritualidad del sacerdocio, de mariología y otras variadas cuestiones, inició en 1991 un amplio programa de estudios sobre el misterio de Dios con la publicación de un manual de cristología y soteriología —éste en colaboración con F. Ocáriz y A. Riestra—, un completo y cuidado manual sobre Dios Uno y Trino (1998), una monografía sobre Dios Padre (2003), que culmina ahora con la publicación de su *pneumatología*.

El libro queda dividido en ocho capítulos que tratan los temas fundamentales de la teología del Espíritu Santo.

El primer capítulo estudia la revelación de la Persona del Espíritu Santo en la Escritura. Se estudian aquí los aspectos fundamentales de la pneumatología bíblica en general (Espíritu como fuerza carismática, Espíritu santificador, condición personal y características). Considera más detenidamente algunos textos fundamentales (el Espíritu en relación al Padre y al Hijo, el Espíritu Santo en el relato joánico de la Cena y en los Hechos).

El segundo capítulo se detiene en la relación entre el Espíritu Santo y Jesús, entre la misión del Espíritu divino y la del Verbo encarnado. Es en Cristo donde el Espíritu Santo se halla presente y se da en plenitud. El autor destaca que es precisamente esta íntima y exclusiva relación la que focaliza y fundamenta la Revelación del Espíritu en el Nuevo Testamento: la misión de Jesús es posible por la acción del Espíritu Santo y, a la vez, la misión del Espíritu consiste en remitir a Cristo. Una de las aportaciones más significativas de este libro radica en subrayar esta íntima coimplicación de Cristo y el Espíritu. La Revelación plena del Espíritu Santo es posible por la plenitud de su presencia y su acción en el misterio de Cristo, presencia que se funda en la filiación única de Cristo respecto al Padre.

El capítulo tercero contempla las fórmulas de fe trinitaria de los Padres y de los textos litúrgicos y sacramentales hasta el Concilio de Nicea. El capítulo cuarto constituye otro de los puntos fuertes del libro. En el marco de las controversias trinitarias del siglo IV, profundiza en las grandes aportaciones de S. Atanasio y los Capadocios hasta llegar al Símbolo del Concilio I de Constantinopla. En el quinto capítulo se desarrollan los temas referentes a la procesión del Espíritu Santo. Además de una historia de las cuestiones teológicas implicadas (principalmente la implicación del Hijo en la procesión del Espíritu Santo), ofrece también una síntesis teológica propia.

El autor contempla la actuación del Espíritu Santo en la Iglesia como la acción que la constituye en su raíz como Cuerpo de Cristo y misterio de comunión. Es, por tanto, una acción interior y fundante, no meramente exterior o asistencial. En la economía el Espíritu obra según la forma que le caracteriza

en la Trinidad immanente: ser vínculo de la comunión de los hombres con la Trinidad por la caridad. Desde esta perspectiva se enfoca la actuación del Espíritu Santo en la vida de la Iglesia (capítulo sexto), en la liturgia (séptimo) y en la vida espiritual (octavo).

Esta obra combina la investigación con la síntesis teológica de alto nivel. El autor alcanza así su objetivo de poner a disposición de especialistas y lectores de un cierto nivel cultural una síntesis actualizada de la teología del Espíritu Santo que aporta enfoques originales. Encontramos aquí una lograda monografía sobre el Espíritu Santo que podrá aportar perspectivas novedosas a los teólogos, ayudará a profundizar a quien conozca la cuestión y facilitará una interesante introducción a quien quiera asomarse a esta temática.

Bien fundamentado en la Sagrada Escritura, en la Tradición, en el Magisterio eclesial y en la mejor teología, este libro realiza tres aportaciones fundamentales. En primer lugar, nos presenta la misión del Espíritu Santo en la historia de la Salvación. Segundo, aporta una profundización teológica en la Persona y la misión del Espíritu Santo. Por último, comparecen en esta obra otras cuestiones teológicas fundamentales enfocadas desde la perspectiva del Espíritu Santo. Se muestra así que toda cuestión teológica recibe desde la *pneumatología* una luz que resulta imprescindible. No en vano la dimensión pneumatológica de todo tema teológico forma parte inseparable de la esencial raíz trinitaria del misterio cristiano.

* * *

El saber distinguir y tratar a las tres Personas divinas es señal de profundidad, tanto en el teologizar como en la vida espiritual. Las obras que acabamos de comentar muestran, por tanto, la madurez cristiana del autor. El Prof. Mateo-Seco utiliza en sus libros palabras de larga tradición cristiana, pero esas palabras adquieren una nueva carga (fuertemente trinitaria). Así, p. ej., cuando habla de la «divinización» del hombre, está refiriéndose no tan sólo a la «participación en la naturaleza divina», sino a la inmersión de la criatura humana en el vínculo pneumatológico entre Padre e Hijo: la concesión, por tanto, de una participación en el mismo Amor sustancial que une al Hijo con el Padre. Análogamente, cuando el autor comenta el inicio del Credo: «Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra», recuerda que se está aquí hablando del Padre como Fuente absoluta, origen tanto del universo creado como de las Personas divinas del Hijo y del Espíritu Santo.

Finalmente, cabe observar que en ambos libros late una intención pastoral, que no desdice del rigor teológico. El autor quiere ayudar al lector a ad-

quirir un conocimiento íntimo de las personas divinas y proponerse un proyecto vital: seguir dócilmente al Espíritu Santificador y alimentarse de la voluntad del Padre (cfr. Jn 4, 34).

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ y J. José ALVIAR

Francisco VARO, *Rabí Jesús de Nazaret*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2005, 224 pp., 14 x 21, ISBN 84-7914-786-5.

Los últimos años han sido fecundos en la aparición de Vidas de Jesús, o, mejor, de nuevas Vidas de Jesús. Tras casi cincuenta años en los que apenas tuvieron presencia en el mercado editorial, en la última década son más de una quincena los libros solventes que se han publicado en castellano. En general, estos libros son el corolario del camino que ha seguido la investigación sobre los evangelios en los últimos veinticinco años. Se puede decir que, hasta 1980, a la hora de considerar la historicidad de los evangelios, en la mente de muchos seguía pesando el prejuicio bultmaniano de que los evangelios eran única y exclusivamente un testimonio de fe, de modo que nos presentaban al Cristo de la fe, pero no debíamos esperar que nos dijeran mucho sobre el Jesús de la historia. Sin embargo, en las últimas décadas el horizonte ha cambiado. Los descubrimientos de la arqueología y un mejor conocimiento de la literatura rabínica —y de otros grupos judíos como el de Qumram— ha puesto de manifiesto la coherencia del ambiente de aquel momento histórico con el que se respira en los evangelios. La conclusión es que, también desde el punto de vista histórico, podemos saber mucho de Jesús; es más, los evangelios, si bien están escritos por hombres de fe, son también memoria histórica de hechos y palabras que acontecieron en un momento determinado de la historia.

Con este bagaje algunos autores escriben obras que pueden encuadrarse en lo que se denomina Jesús histórico. Con la ayuda de la arqueología, de los documentos independientes —es decir, los que no provienen del canon de Nuevo Testamento—, y de la aplicación de los criterios de historicidad, escriben una vida de Jesús en la que el historiador, a la vista de su examen, decide qué elementos de los evangelios provienen de Jesús mismo y qué otros elementos no vienen de Jesús sino de la predicación de la Iglesia. Obviamente, estos segundos, tras ser examinados, no entran en la elaboración biográfica. A muchos lectores esta distinción, siendo coherente con el proceder establecido, nos les parece correcta, pues, al fin y al cabo, aquí el investigador se atribuye la decisión de decidir qué es de Jesús y qué proviene de la comunidad. Además, no son pocos los casos en los que los nuevos descubrimientos arqueológicos y tex-